

Entremos en el exámen de esta fe. Ante todo puede ser considerada de dos maneras: en sentido objetivo, y en sentido subjetivo. En el primero, dice San Pablo, es la sustancia de las cosas que esperamos, el argumento de las que no aparecen (1). Es el fundamento sólido de las cosas que espera el hombre, la coleccion de verdades superiores á la razon, la luz de Dios trasmitada al hombre, la razon suprema comunicada á nuestra razon. En el segundo, es un acto del entendimiento que da asentimiento completo á esas verdades emanadas de Dios (2); es la sujecion y obediencia á una razon superior, á una autoridad que enseña y manda, y por ello es una virtud del entendimiento, así como la sujecion de la voluntad, ó la obediencia á una voluntad superior, es una virtud del corazon.

Ahora bien, la fe en el primer sentido, ó como luz y ciencia superior comunicada por Dios al hombre, le ilustra, le engrandece, multiplica las fuerzas de su inteligencia, estiende hasta el infinito la esfera de sus conocimientos, le alimenta con la sustancia que su razon busca siempre y siempre necesita, con la sustancia de la verdad, para que no sea niño vacilante que se deja llevar de todo viento de doctrina (3). Pone un principio de certidumbre en el alma humana, le da un punto seguro donde apoyar la palanca de la potencia intelectual con la

et fluctuum assaltu inundatam, demissa anchora omnino stabilit, inque medio ipso pelago figit: ita etiam mentem nostram affuso cogitationum æstu jactatam, adventu suo fides ex imminente naufragio liberat, tanquam in tranquillum portum, in securæ littus conscientiaë educens. (S. Joann. Chrysost., de Eleemos. et in verba Habentes eumd. spiritum fidei.)

(1) Ad Hæbr. XI, 1.

(2) Fides cujus vi omnino assentimur iis quæ tradita sunt divinitus. Catecismo Romano, cap. I, §. 1.)

(3) Ad Ephes. IV, 14.

cual lo mueva todo, lo domine todo, y vulgarizando las verdades superiores, no solo hace participar á todos los hombres individualmente y sin distincion sus beneficios, sino que crea lo que se llama razon pública, que preserva ó repara las aberraciones de la razon privada, y es como el alma de la sociedad moderna (1). Por ello dijo el Apóstol, que es un argumento (2), un medio de llegar á conocer lo que no aparece por sí mismo.

Pero la razon, se dice, no comprende estas verdades, el cómo de ellas. Es cierto: pero ¿comprende acaso muchas de las que están al alcance mismo de los sentidos y de la razon en sus manifestaciones sensibles? ¿Y dejan de ser ciertas porque no las comprenda la razon? Pero el dar asentimiento á estas verdades, se exclama, es abdicar la razon, anonadarla, ó cuando menos esclavizarla. Esto no es cierto, Señores. El que obedece una órden superior, el que cumple una ley, ¿destruye su voluntad? Lo mismo debemos decir de la razon, que se somete y conforma con una razon superior. La obediencia es una virtud; virtud es tambien la fe. Así como el hombre, para regular su voluntad ó el uso de ella en sus acciones, necesita una ley, así la necesita tambien para regular el uso de su inteligencia. Una sociedad religiosa sin símbolo, sería como una nacion sin leyes. A título de que el hombre es libre, ¿habrá uno solo que imagine desterrar de la sociedad todas las leyes, y declarar á cada individuo absoluto dueño de sus acciones? Así, pues, como en el orden moral y social, es indispensable en el intelectual y religioso una ley, una guia, una razon superior.

Escribió á San Agustin un neófito entusiasta, que

(1) Aug. Nicol., Estudios sobre el Crist., parte 3, cap. 7, sec. 2.

(2) Hæbr. XI, 1.

era mejor seguir la autoridad de los Santos, que dedicarse á buscar la razon de las cosas de Dios (1). «Corrije tu principio, responde el grande Obispo de Hipona, no hasta el punto de negar la autoridad de la fe, sino hasta el de reconocer que cuanto la fe nos hace creer, puede ser considerado y examinado á la luz de la razon. y comprendido por ella, no solo en sus motivos y pruebas, sino tambien en su conveniencia con las perfecciones de Dios y con las necesidades de nuestra naturaleza. Dios nos libre de pensar que él destruya en nosotros esa prerogativa con que nos ha elevado sobre los animales. Dios nos libre de pensar que la sumision que debemos á las verdades de la fe, nos impida buscar la razon de lo que creemos; porque no seríamos capaces de creer si no usásemos de la razon (2).» Así habla, amados míos, ese hombre á quien todos los siglos han admirado, y podemos llamar el gran Padre de la filosofía cristiana. Permittedme concluir este punto con una idea de un sábio apologista (3). La fe es un instrumento óptico del alma, una prolongacion de la vista natural, que acerca, corrije y presenta con claridad los objetos lejanamente confundidos y oscuros; que descubre otros nuevos, y extiende la vista hasta una distancia infinitamente mayor, que la que sin él pudiera recorrer. Es el telescopio de la inteli-

(1) Ego igitur cum apud memetipsum prorsus definierim veritatem rei divinæ ex fide magis quam ex ratione percipi oportere..... Si enim fides Sanctæ Ecclesiæ ex disputationis ratione, non ex credulitatis pietate apprehenditur, nemo præter philosophos atque oratores beatitudinem possideret. (Consent. Epist. ad August. 221, inter Epist. hujus S. P.)

(2) Corrige definitionem tuam, non ut fidem respuas, sed ut ea quæ fidei firmitate jam tenes, etiam rationis luce conspicias. Absit namque ut hoc in nobis Deus oderit, in quo nos reliquis animantibus excellentiores creavit. Absit, inquam, ut ideo credamus, ne rationem accipiamus, sive quæramus, cum etiam credere non possemus, nisi rationales animas haberemus. (August., Epist. 222 ad Consent., alias 120.)

(3) Aug. Nicol., loc. cit.

gencia, que agranda su horizonte, y le hace distinguir nuevos astros en el cielo del pensamiento y de la verdad.

Al observar, dice un corifeo de la incredulidad impía (1), que la razon hace progresos tan pasmosos, pero tan solo desde el momento de la predicacion del Evangelio, bien podeis considerar á la fe como una aliada que viene en vuestra ayuda, no como un enemigo á quien es preciso atacar: debeis estimarla, no temerla.

Pero ¿de dónde viene la resistencia que hacen muchos hombres á la fe? ¿Por qué la combaten? ¿Por qué quisieran destruirla? Una palabra lo dice todo: á la cuestion de la fe divina va unida la cuestion de una virtud divina. Esta virtud es la que hace tener miedo á la fe. No es la razon la que resiste; es el corazon; son las pasiones. Las verdades de la fe llevan en pos de sí deberes que cumplir, que son como frutos de ella, como consecuencia de ser ella la regla, la ley de nuestras acciones: estos deberes repugnan; estos sacrificios espantan; y el corazon, dominado por las pasiones, se rebela contra la fe. Si esta se redujera á una coleccion de verdades especulativas á que nada tuviera que responder la práctica, de seguro no habría incrédulos, ó serían muy raros.

Pero, hermanos míos, ¿es que hay incrédulos en el sentido absoluto de la palabra? Yo no los encuentro. Hombres incrédulos con relacion á las verdades de la fe católica los hay, y muchos por desgracia; pero hombres que vivan sin fe, hombres que vivan sin dar crédito á misterios que no pueden probarse, que tal vez repugnan á la humana razon, no los busqueis; no se encuentran en el mundo. Pascal ha dicho, parodiando á Séneca:

(1) Voltaire, Razon del Cristianismo, en la palabra *Aveux*.

(2) Pascal, Pensamientos: Philosophi credula natio. (Seneca, Quæst. nat., VI, 26.)

«Los incrédulos son los más crédulos.» «Propio es de la incredulidad, dice el mismo Voltaire, creer todo lo increíble, contradictorio é imposible: creer lo que no se entiende, y sin autoridad ninguna que sea capaz de persuadirnoslo. Al contrario, la fe católica consiste en someter nuestra razon, no por ciega credulidad, sino por una credulidad dócil, que la misma razon autoriza (1). Los que no creen en Dios, ni en Jesucristo, ni en la espiritualidad, se ven forzados, para fundar su incredulidad, á profesar creencias opuestas y ridículas, como la de que el mundo se ha creado á sí mismo, que todo es obra de la casualidad, y otros tantos delirios de una razon que, temiendo la responsabilidad, quiere anonadarse. ¡Cuántos hechos pudiéramos citar que prueban la fanática y supersticiosa credulidad de los pretendidos incrédulos! Compadezcámoslos: llevan en sí mismos su castigo.

¡Cuán noble es, por el contrario, la fe católica! Ciñámonos para demostrarlo á tres puntos: la idea que nos da de Dios; la que nos da del hombre; y la del destino eterno que á este señala. Estos tres puntos son el núcleo de los demás, y son y han sido siempre los más oscurecidos por los sistemas del error. Ved lo que nos enseña de Dios. Es el Sér por esencia; el principio y el fin de todas las cosas (2). No hay más que un Dios, y ese Dios es infinito; es la omnipotencia, la sabiduría y el amor esencial; es la belleza y la bondad; es la verdad eterna. Dios ha criado todas las cosas para el hombre (3), y ha criado al hombre para comunicarle su felicidad (4). Porque el hombre se apartó de él y se hizo desgraciado,

(1) Voltaire, loc. cit.

(2) Exod. III, 14; Apoc. I, 8.

(3) Psalm. CXIII, 16; Gen. IX, 2.

(4) Ad Rom. VI, 22.

Dios mismo, el Hijo de Dios se hizo hombre, murió por el hombre, y con su muerte le mereció el perdon, y le devolvió la amistad de su Padre (1). Resucitó y subió al cielo para abrir al hombre la entrada de su reino (2); pero se queda con él en un sacramento de amor. Manda al hombre que obre el bien, que viva como él ha vivido; le enseña á amar hasta á sus enemigos, le perdona con misericordia, le fortalece con su gracia.

Hé aquí la idea de Dios segun la fe católica. En sí mismo la perfeccion, la verdad infinita: para con el hombre, la misericordia sin límites. El Creador de todo, en su poder: el conservador de todo, en su sabiduría: el restaurador de todo, en su amor. ¿Repugna, Señores, á la razon esta idea?

¿Qué era el hombre, qué es aún para los que no tienen fe? Un enigma inesplicable. Nadie ha fijado de una manera positiva, ni su origen, ni su condicion, ni ese misterio de su grandeza y de su miseria reunidas. La fe católica lo descifra, diciendo: el hombre es una criatura hecha á imagen de Dios (3), pero degradada por sí misma (4). Ha querido edificar á su antojo sobre los cimientos echados por su Criador, y se ha apartado de su plan. Así contra la regularidad y armónica belleza del primer diseño se han encontrado reunidos lo inmortal y lo perecedero, lo espiritual y lo carnal, el ángel y el bruto (5). Hé aquí la solucion que da la fe. Ella nos enseña tambien el camino por donde hemos de volver á la antigua grandeza, y hasta tener el nombre y carácter de hijos de

(1) II ad Corinth. IV, 18, 19.

(2) Joann. XIV, 2.

(3) Gen. I, 27.

(4) Psalm. XLVIII, 13.

(5) Bossuet, sermon sobre la muerte, punto 2.

Dios (1), y ser participantes de su divina naturaleza (2). Con relacion á los demás hombres, nos dice que todos somos hermanos, que todos pertenecemos á un cuerpo (3); que todos somos iguales ante Dios (4). Las diferencias sociales en nada alteran esta unidad de principio. La sociedad, por la fe, es una reunion de hermanos enlazados por su origen, por su amor y por su destino. ¡Cuán noble, cuán humanitaria es nuestra fe!

Ella aparece tambien luz hermosa que aclara el porvenir, dándonos la esperanza y el consuelo. El hombre, dice, está destinado á una felicidad noble, racional y eterna; gozará de una paz inalterable, de una gloria inmensa; gozará de Dios. Dios, su gloria y su amor serán su premio (5); el premio de la virtud y de los sacrificios con que se alcanza. Dios, enjugando las lágrimas del hombre (6); Dios, alimentando para siempre el alma con el conocimiento de sí mismo, verdad eterna; con el goce de sí mismo, bien eterno (7). ¡Qué idea más noble, más pura, y de mayor efecto sobre la razon y la voluntad, para conducir las almas al heroismo de la virtud! Dios, apartando de sí para siempre, bajo el peso de una maldicion eterna, al que obra el mal y no ama á su hermano, y no se alimenta del manjar suave de la virtud (8). ¡Qué idea tan poderosa para arrancar al hombre del camino del mal! Hé aquí, pues, la fé; hé aquí la verdad católica; hé aquí la noble inspiracion de nuestra religion augusta.

(1) Joann. I, 12.

(2) I ad Corinth. XII, 13.

(3) Ad Rom. X, 12.

(4) Gen. XV, 1.

(5) Apoc. XXI, 4.

(6) Id. id. 6, 7; Ps. XV, 16; Ps. XXXV, 9.

(7) Matth. XXV, 41, 42, 45.

(8) II Petr. I, 4.

¿Quién no la admira, quién no la ama con todas sus fuerzas, y se deja gobernar por ella?

Perdonadme, Señores, si me he extendido demasiado en esta demostracion. No os tengais por ofendidos; yo no abrigo la menor duda acerca de la pureza de vuestros sentimientos religiosos, y de la sinceridad de vuestra fe. Pero, bien lo sabeis: en este siglo materialista, en que el génio del mal trabaja tan empeñadamente y por tantos medios en deprimir y oscurecer, ya que no le sea dado apagar como quisiera, la brillante antorcha de la fe católica, dando al hombre por única regla su razon degenerada, digamos mejor, sus pasiones, deber es del ministro del Evangelio preservar al pueblo fiel del error, demostrándoselo; y atraer y volver al desgraciado, víctima de él, al redil del buen Pastor, vindicando los fueros de nuestra Religion sacrosanta, y valiéndose al efecto de las confesiones arrancadas, mal de su grado, por la fuerza irresistible de la verdad, á los doctores más funestamente célebres por su incredulidad práctica y por su ódio al catolicismo. Perdonadme, repito, y dignaos seguirme en el exámen del misterio de la fe por excelencia, del misterio Eucarístico, que perpetúa la presencia de Cristo en la tierra para alimento de la fe.

SEGUNDA PARTE.

¿Qué es la sagrada Eucaristía? Es el sacramento instituido por Jesucristo, en el que se contiene real, verdadera y sustancialmente el cuerpo, la sangre, el alma, la divinidad, en una palabra, todo Jesucristo. Hé aquí el dogma católico. ¿Deseais saber el por qué de este Sacra-

mento? San Juan nos lo dice: «Habiendo amado á los suyos, los amó hasta el fin (1).» Lo dijo la Palabra eterna por boca del Sábio: «Mis delicias, estar con los hijos de los hombres (2).» El amor es el principio y la causa de esta maravilla. ¿Deseais saber para qué? También lo sabemos; Jesucristo lo dijo: «Es la hora de volver al seno de mi Padre (3); pero no os dejaré huérfanos (4): estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos (5).» ¿Cómo lo realiza? El Evangelio lo explica: Sabiendo que el Padre puso todas las cosas en sus manos (6), es decir, conocedor de su Omnipotencia, toma en sus manos el pan, levanta los ojos al cielo, da gracias á su Padre, bendice el pan y lo da á sus discípulos diciendo: «Tomad y comed: este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado y sacrificado.» Hace lo mismo con el cáliz, diciendo: «Tomad y bebed: esta es mi sangre, que por vosotros será derramada (7). Haced esto mismo vosotros en memoria mia.» ¡Qué palabras tan sencillas, tan claras, tan espresivas!

Pero ¿cómo el pan se convierte en el cuerpo de Jesús, y el vino en su sangre? ¿Cómo está allí presente? ¿Cómo? Hé aquí el misterio; hé aquí el secreto de Dios; hé aquí el lado oscuro de la sublime verdad. Aquí se detiene la flaqueza de nuestra razon. Si supiéramos el cómo del misterio, nos igualaríamos á Dios. Para pasar adelante se necesita la fe. Es un misterio de fe (8); solo

-
- (1) Joann. XIII, 1.
 (2) Prov. VIII, 31.
 (3) Joann. XIII, 1.
 (4) Id. XIV, 18.
 (5) Matth. XXVIII, 20.
 (6) Joann. XIII, 3.
 (7) Luc. XXII, 19, 20.
 (8) *Mysterium fidei. (In verbis consecrat)*

con ella se alcanza; pero ¿tenemos razones para creer que es cierto lo que se nos dice? Si alguna cosa hay cierta en este mundo, Señores, es la verdad de este misterio. Siendo la más sublime de las sublimes maravillas de Dios en el orden de la redencion, es la que más veces se simboliza y figura en las relaciones de Dios con el antiguo pueblo. Dispensadme, por la brevedad, de recorrer estos símbolos; esto solo absorberia el tiempo de más de un discurso. Dispensadme también del exámen de palabras de antiguos filósofos, que conservando alguna luz de las tradiciones primitivas entre las sombras del paganismo, dan testimonio de la fe, del deseo, de la esperanza universal de este misterio. Fijémonos solo en la conducta de Jesucristo.

Un año antes de su muerte, tomando ocasion del milagro que obrara multiplicando los panes para alimentar á las turbas que le seguian, anuncia claramente esta obra estupenda de su poder y de su amor. Ofreceles un pan nuevo bajado del cielo para dar vida al mundo; y les añade: «Ese pan soy yo mismo. Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que come este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo os daré es mi carne para vida del mundo (1). Los judíos carnales murmuran, se resisten á creerle; y lejos de retractar Jesucristo lo que ha dicho, levanta más la voz y exclama: «En verdad os digo, que si no comeis la carne del Hijo del Hombre y no bebeis su sangre, no tendreis vida. El que come esta carne y bebe esta sangre, tendrá vida eterna. Mi carne es verdadera comida, y mi sangre verdadera bebida. Este es el pan que baja del cielo (2).»

Ya no son solo los judíos, son también los discípulos

-
- (1) Joann. VI, 51, 52.
 (2) Joann. VI, 54, 55, 56 y 58.

los que se niegan á creerle; pero tampoco por ello se detiene en su discurso, ni disminuye la dificultad que ellos encuentran, sino que aumentándola, añade: «Si esto os escandaliza, si no creéis que os daré mi cuerpo estando en la tierra, ¿cómo lo creereis, cuando me veais subir al cielo? (1) «Muchos le abandonan al oírle; y volviéndose Jesús á sus discípulos, les dice: «¿Y vosotros también quereis dejarme?» (2) Como si les dijera: ya me habeis oído; os he anunciado un misterio: ¿creéis ó no? ¿Quereis imitar el ejemplo de los demás, ó seguirme dóciles á mi palabra?

¿Es esta, Señores, la conducta de un impostor, que trata de seducir á las turbas y ganarse al pueblo con engaños? ¿Quién no ve aquí la verdad eterna, que no transige, y que prefiere no ser recibida á modificarse en lo más mínimo? ¿Quién no exclama, como entonces San Pedro, en nombre de todos y en nombre de toda la Iglesia: «Señor, ¿á quién iremos si te dejamos á ti? Tú tienes palabra de vida eterna, y nosotros sabemos y creemos que tú eres el Cristo, Hijo de Dios (3).» Hé aquí la fe. No comprendemos el misterio, pero sabemos y creemos que Jesucristo es el Hijo de Dios, es Dios omnipotente, que puede hacer lo que dice; es Dios, bondad infinita, que hace lo que promete; y esto nos basta.

¿Qué palabras tan sublimes! Ellas dan razón de la fe de la Iglesia; y esta fe se apoya en la tradición constante de todas las Iglesias hasta el siglo decimosexto en que los protestantes se separaron de la fe común; en el acuerdo unánime de todas las liturgias; en las pruebas contenidas en todos los ritos, ceremonias y símbolos; en los

(1) Joan. VI, 63.

(2) Id., 68.

(3) Id., 69, 70.

monumentos de los templos, de los altares y vasos sagrados; en todo el conjunto, en fin, del catolicismo, que converge hácia la Eucaristía como á su centro, y que sin este misterio no se comprende ni puede existir. El católico cree lo que siempre ha creído la Iglesia; la Iglesia cree lo que creyeron los Apóstoles; los Apóstoles creyeron lo que dijo Jesucristo: «mi carne es verdadera comida; tomad y comed, este es mi propio cuerpo.» Y Jesucristo dijo esto, prefiriendo quedarse sin un solo discípulo, antes que cambiar el sentido de sus palabras. Para no creer, pues, es preciso negar á Jesucristo, como dice San Hilario (1). Solo los que le niegan dudan; porque es preciso negar que sea Dios para decir que no pudo obrar este prodigio. Lejos de nosotros toda duda, añade el mismo Padre (2), puesto que el mismo autor del don es el testigo de su verdad.

¿En qué fundará el incrédulo su resistencia á la fe de este misterio? ¿En que la razón no comprende? Recordad lo que dije en la primera parte. ¿Comprende la razón lo que es la vida y la muerte, la salud y la enfermedad, la digestión y la corrupción, la luz, la electricidad, el magnetismo? La ciencia no hace sino acreditar la existencia de estas cosas, sus fenómenos, las leyes que siguen; pero su naturaleza nadie la sabe, y sin embargo nadie repugna creer en ella. ¿Por qué no hay la misma sumisión al misterio religioso? ¿Tiene el incrédulo por imposible que la sustancia del pan ceda su lugar á la sustancia del cuerpo de Jesucristo? Nada hay, sin embargo, más ordi-

(1) De veritate carnis et sanguinis non est relictus ambigendi locus. Contingat plane iis verum non esse, qui Christum verum Deum negant. (S. Hilar. de Trinit., lib. 8.)

(2) Recedat ergo omne infidelitatis ambiguum, quandoquidem qui auctor est muneris, ipse etiam testis est veritatis. (Id. Serm. 5 de Pascha.)